

Escripta

LOS RESCOLDOS DEL FRANQUISMO EN LA NUEVA
DERECHA RADICAL ESPAÑOLA. ANTILIBERALISMO,
NACIONALISMO Y DECADENTISMO EN EL PARTIDO
VANGUARDIA

THE EMBERS OF FRANCOISM IN SPAIN'S NEW
RADICAL RIGHT. ANTI-LIBERALISM, NATIONALISM,
AND DECADENCE IN THE VANGUARDIA PARTY

David Hernández Reyes

orcid.org/0000-0001-8996-6829

Recepción: 14 de enero de 2025

Aceptación: 1 de mayo de 2025

Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Compartir igual (CC BY-NC-SA 4.0), que permite compartir y adaptar siempre que se cite adecuadamente la obra, no se utilice con fines comerciales y se comparta bajo las mismas condiciones que el original.

LOS RESCOLDOS DEL FRANQUISMO EN LA NUEVA DERECHA RADICAL ESPAÑOLA. ANTILIBERALISMO, NACIONALISMO Y DECADENTISMO EN EL PARTIDO VANGUARDIA

*THE EMBERS OF FRANCOISM IN SPAIN'S NEW RADICAL RIGHT.
ANTI-LIBERALISM, NATIONALISM, AND DECADENCE
IN THE VANGUARDIA PARTY*

David Hernández Reyes¹

Resumen

Este artículo ofrece un breve análisis de tres elementos presentes en el nuevo partido español de derecha radical Vanguardia que provienen de una larga tradición de derechas: el antiliberalismo, el nacionalismo y el decadentismo. A partir de una revisión histórica que da cuenta de la genealogía de esos tres elementos, se plantea que Vanguardia ha adoptado y transformado ciertos aspectos ideológicos del franquismo que éste, a su vez, retomó de viejas ideologías. En ese sentido, la historia deviene en una herramienta analítica que ayuda a entender la manera en que la crítica antiliberal, el exacerbado nacionalismo y la visión decadentista de Vanguardia abrevan de antiguas tradiciones ideológicas.

Palabras clave: derecha radical, franquismo, antiliberalismo, nacionalismo, decadentismo

Abstract

This article offers a brief analysis of three elements present in the new Spanish radical right-wing party *Vanguardia*, which stem from a longstanding right-wing tradition: antiliberalism, nationalism, and decadentism. Drawing on a historical review of the genealogy of these elements, the article argues that *Vanguardia* has adopted and transformed certain ideological aspects of Francoism, which itself had inherited them from older ideological currents. In this sense,

¹ Universidad Nacional Autónoma de México. correos: davidhr19@live.com.mx.

history becomes an analytical tool that helps us understand how Vanguardia's antiliberal critique, exacerbated nationalism, and decadentist outlook draw on these long-standing traditions.

Keywords: radical right, francoism, antiliberalism, nationalism, decadentism

Introducción

El estudio del auge y de las nuevas manifestaciones de la ultraderecha a nivel mundial se enfrenta, entre muchos otros retos, a una encrucijada. Mientras estos partidos y movimientos representan expresiones particulares con dinámicas, luchas y lógicas propias, son también el resultado de un sincretismo temporal entre su pasado y su realidad concreta. En ese sentido, varios autores han señalado los riesgos y lo inadecuado que resulta trasladar conceptos que surgieron en contextos específicos (como el de fascismo) para nombrar y estudiar a estas nuevas organizaciones.²

No obstante, es innegable que las agendas, las reivindicaciones y las ideologías de estas formaciones están impregnadas de las ideas de antiguas corrientes conservadoras y ultranacionalistas. Ante la imposibilidad de negar la influencia de su pasado, han surgido teorías y categorías que evocan el legado de anteriores referentes en la ultraderecha contemporánea sin negar su singularidad. Enzo Traverso, por ejemplo, habla de *posfascismo*,³ y Camus y Lebourg plantean que los nuevos partidos de ultraderecha tienen una matriz y rasgos estéticos fascistas.

Este trabajo, suscribiendo la idea de que la nueva ultraderecha no puede ser entendida sin tomar en cuenta los movimientos que le precedieron, ofrece un análisis histórico de los elementos ideológicos que perduran en el partido de derecha radical⁴ español Vanguardia respecto de su máximo referente histórico,

² Consultar los trabajos de Enzo Traverso (2018), Emilio Gentile (2019) y Roger Griffin (2019).

³ Enzo Traverso, *Las nuevas caras de la derecha*, (Buenos Aires: Siglo veintiuno, 2018), 17.

⁴ En este trabajo se utiliza la propuesta conceptual de Cas Mudde según la cual la etiqueta ultraderecha sirve para referirse a una amplia familia de partidos situados al extremo derecho del espectro político. Dentro de la ultraderecha se encontrarían partidos de derecha radical y de extrema derecha. La diferencia fundamental entre ambos es que los primeros rechazan algunos aspectos de la democracia liberal pero no el conjunto del sistema democrático, mientras que los

el franquismo. Se plantea que en este nuevo partido (nacido en Madrid en 2024) se da una renovación y revitalización de tres componentes que fueron claves durante el régimen de Francisco Franco: la lucha conservadora contra el liberalismo, el repliegue hacia un exacerbado nacionalismo y la visión de un mundo en decadencia al borde de la desaparición.

Sin embargo, esos elementos no fueron inventados ni creados por Franco o su régimen, sino que son herencias de un antiguo movimiento que hunde sus raíces en el siglo XVIII. Por eso, en la primera parte este artículo explora escuetamente la genealogía de la corriente antiilustrada para rastrear los orígenes de la crítica al liberalismo, del sentimiento nacionalista y de la sensación de decadencia, posturas retomadas y reinterpretadas por el fascismo de entreguerras. Después, se estudia la manera en que el fascismo histórico influyó en la derecha española durante la etapa que comprende desde la dictadura de Miguel Primo de Rivera hasta la Segunda República.

La segunda parte de este trabajo se centra en la dictadura de Francisco Franco. Tras observar la manera en que las ideas fascistas se fueron filtrando y permearon en la derecha española, se examina la forma en que la dictadura franquista adaptó a la realidad de España, aunque de forma superficial, algunos principios de la lucha fascista y conservadora, sobre todo a través de Falange. El llamado *fascismo a la española*⁵ presentaba nuevas luchas y características, pero abrevaba de viejas tradiciones.

En el último apartado, este artículo esboza el programa político-ideológico del nuevo partido español Vanguardia para vislumbrar qué elementos del franquismo perduran, cuáles ya no existen y aquellos que se han transformado. Puede decirse que si bien las luchas de este partido adquieren hoy otras formas (bastante novedosas) y tienden a señalar a enemigos muy distintos (que ya no se parecen a los que identificaban sus antecesores), los núcleos ideológicos que las articulan se han mantenido casi intactos.

segundos sí lo hacen. Bajo esta lógica, aquí se usa el concepto de ultraderecha cuando se habla de la generalidad de partidos con ese corte ideológico y derecha radical para hablar de Vanguardia, pues es una formación que participa de los procesos democráticos.

⁵ Es necesario tener presente que existe un amplio debate en la literatura sobre si el régimen de Franco debe ser catalogado como fascista. Este artículo usa la expresión *fascismo a la española* en alusión a la manera en que algunos miembros de Falange Española de las JONS se referían a su propia organización.

Vanguardia, depositario de un legado ancestral, ha adaptado a su realidad viejas ideas, reinventándolas y resignificándolas de acuerdo a su propio contexto histórico y a las demandas de su tiempo. Muchas veces esas lejanas ideas perduran y sostienen, como el duramen de un árbol, una serie de luchas y demandas que se ramifican en múltiples direcciones y sentidos y que adquieren formas tan diferentes que dan la apariencia de estar completamente desvinculadas de su origen.

Este trabajo, recurriendo a la historia como herramienta analítica, reconstruye los vínculos entre Vanguardia y su pasado: la crítica al liberalismo, la idea de decadencia y la subsecuente respuesta nacionalista proclamadas por el movimiento antiilustrado fueron llevadas a sus últimas y terribles consecuencias por el fascismo. Esa feroz ideología, que influyó de manera importante en Franco, creía firmemente en la capacidad regeneradora de la violencia y la destrucción, asemejándose a un devastador fuego. Y esas llamas, que parecían haberse apagado hace mucho tiempo, hoy son reavivadas por la derecha radical.

Los antecedentes ideológicos del franquismo

Si existe una idea compartida por la ultraderecha europea es la de que el mundo se encuentra en franca decadencia. Esa visión decadentista, que articula y orienta buena parte de sus actuales luchas y demandas, se encuentra profundamente enraizada en la tradición del pensamiento conservador del siglo XVIII. Es en las reacciones antiilustradas de ese siglo donde se encuentran los orígenes de la tendencia conservadora que defendía el orden establecido y que hoy adquiere nuevas expresiones empíricas.

Tanto la Ilustración como la Revolución Francesa desencadenaron numerosas respuestas entre quienes veían en esos procesos serias amenazas al *Ancien Régime*. El carácter revolucionario, radical, racionalista, secular y liberal del movimiento ilustrado fue fervientemente criticado; Edmund Burke, Joseph de Maistre y Louis de Bonald sucedieron en la crítica de la Ilustración a Giambattista Vico y a Johann Georg Hamann. Textos como *Reflexiones sobre*

la Revolución en Francia representan las primeras señales de alerta ante el desvanecimiento de la sociedad feudal y de sus pilares, la monarquía y la Iglesia.

La fractura que la Ilustración y la Revolución Francesa provocaron en el Antiguo Régimen generó un sentimiento de decadencia sobre todo entre la aristocracia, que veía en el carácter disruptivo de dichas corrientes un potencial destructor de las viejas tradiciones, costumbres y herencias que legitimaban su posición social; generalmente, las reacciones suscitadas por esa sensación decadentista adquirieron tintes patrióticos frente al afrancesamiento que suponía lo ilustrado. Es así como la lucha conservadora contrailustrada adquirió morfologías nacionalistas.

Burke y De Maistre lamentaban con amargura que la Reforma protestante y la Revolución Francesa, así como el avance del capitalismo y de la ciencia, fueran acabando con el sistema feudal. Observaban con disgusto cómo los *philosophes* y su *Enciclopedia* despreciaban los valores, las herencias y la fuerza de la tradición y de la historia en tanto cargas determinantes de las que no pueden prescindir los hombres. Esto los llevó a idealizar la forma de vida de la Edad Media y a ver en las transformaciones propias de su tiempo un presagio de la desaparición de su mundo y de su manera de aprehenderlo y habitarlo.

Poco más de un siglo después, el diagnóstico de un mundo en declive fue retomado y revitalizado por el fascismo de entreguerras, movimiento que protagonizó de manera iracunda lo que Robert Soucy llamó una “revuelta contra la decadencia”.⁶ Según este autor, en las trayectorias de autores como Louis Ferdinand Celine, Pierre Drieu la Rochelle o Bertrand de Jouvenel pueden encontrarse motivos para entender al fascismo como una revuelta cultural contra los pilares de la Ilustración y de la modernidad: el racionalismo, el individualismo, la secularización y el liberalismo.

En el fascismo se cristalizaba una antigua tendencia conservadora en la que la visión de un mundo en declive, idea clave en intelectuales de derechas como Charles Maurras, se manifestaba como una reacción nacionalista violenta contra los principios fundamentales de la Edad Moderna, principalmente contra la democracia liberal y el capitalismo. Ante una sensación de preocupación e

⁶ Miguel Ángel Simón Gómez, “El decadentismo en la derecha radical contemporánea,” *Política y Sociedad*, no. 1 (2007), 179.

intranquilidad que provenía de un universo cultural que se resquebrajaba, el *ultranacionalismo palingenésico*,⁷ es decir, regenerador, se presentaba como el único camino para revertir dicha situación.

Una vez que las potencias fascistas fueron derrotadas en la Segunda Guerra Mundial, el ala más dura de la derecha se vio relegado a una posición de marginalidad por algunas décadas. Fue precisamente ese periodo de aletargamiento el que reforzó la noción de decadencia. Julius Evola, uno de los pensadores que más influencia ha tenido en la ultraderecha occidental desde 1945 hasta la actualidad, acuñó la consigna “mantenerse en pie en un mundo en ruinas”⁸ como guía espiritual ante lo que consideraba la debacle de la sociedad europea.

A pesar de la profunda crisis de la civilización y la cultura occidentales, existía una esperanza de revertir dicha catástrofe a través de una revuelta promovida por héroes. Esos héroes, pensaba Evola, tendrían que surgir desde el interior del fascismo. La salida de la decadencia pasaba por mantener la pureza de las raíces y recuperar la identidad y la pureza de la civilización europea. Desde entonces, la ultraderecha europea ha denunciado ininterrumpidamente la fractura, disolución, degeneración y declive generalizado de la cultura occidental y se ha decantado por los nacionalismos más exacerbados en su eterna lucha contra los principios liberales que han ido diluyendo el mundo al que ahora regresar.

Ahora bien, aunque España ha tenido un desarrollo histórico particular que no siempre se ha alineado a los procesos europeos, su historia mantiene ciertos paralelismos con la del continente. Si bien es cierto que en dicho país la Ilustración fue impulsada por las clases altas y no por el tercer estado, también lo es que los primeros grupos conservadores antiliberales y antirrevolucionarios, sectores y fuerzas monárquicas que habían reaccionado contra la influencia del liberalismo (político y económico), constituyen, como en Francia e Inglaterra, los antecedentes de los partidos de derecha que protagonizarán la vida política española desde principios del siglo xx hasta hoy en día.

⁷ Roger Griffin, *Fascismo* (Madrid: Alianza Editorial, 2019), 63.

⁸ Pablo Rocamora Pérez y Eva Espinar Ruiz, “Nuevos discursos en el neofascismo: un análisis cualitativo de la organización española Hogar Social,” *Política y Sociedad*, no. 58 (2021), 6.

A pesar de que España apenas había sido rozada por procesos como la Ilustración, la Revolución Francesa o la Revolución Industrial, el hecho de no estar en el centro de esos grandes cambios no significó que le fueran ajenos; el siglo XIX español también estuvo marcado por una lucha entre conservadores y liberales. Una de las consecuencias más relevantes de la pugna entre ambos bandos fue la proclamación, el 11 de febrero de 1873, de la Primera República, la cual tendría una vida muy corta.

Tan sólo un año después iniciaría la etapa conocida como la Restauración, caracterizada por la instauración de un poder monárquico y por el ejercicio alterno del poder entre los dos grandes partidos del momento, el conservador y el liberal, impregnados de dos posiciones sobre todo teóricas, la carlista y la republicana, respectivamente. La facción carlista, de tendencia tradicionalista, representaba a las fuerzas monárquicas y aristocráticas que se oponían a los cambios influenciados por la Ilustración. Su lema, *Dios, Patria, Rey*, era ilustrativo de los valores que defendía y de la sociedad a la que aspiraba.

Unos años más tarde, la dictadura de Miguel Primo de Rivera representó, por un lado, el último aliento de las aspiraciones a instaurar una monarquía absoluta y, por otra parte, el surgimiento de los primeros indicios de un fascismo primitivo en España. Al coincidir con la aparición del fascismo en Italia y del nazismo en Alemania, el régimen de Primo de Rivera se vio profundamente influenciado por ambos proyectos. Sus intenciones de asemejarse a los laboratorios totalitarios que se estaban gestando en Europa sentaron las bases de una ideología centrada en un conservadurismo antiliberal nacionalista que se mantendría incluso durante buena parte del franquismo.

Incorporando componentes ideológicos de las tres corrientes doctrinales más importantes del momento, el tradicionalismo, el catolicismo social y el conservadurismo, el régimen de Primo de Rivera, con su natural componente militarista, su fuerte nacionalismo, la defensa de la monarquía, la religión católica, la familia y la propiedad privada, así como una cruenta crítica al liberalismo y a democracia, apeló con éxito a amplios sectores sociales, inaugurando prácticas que serían características de la corriente fascista-falangista que surgiría más tarde.

Aunque Primo de Rivera llevó a cabo una imitación superficial del fascismo, pues no existía un partido de masas, no evocaba la fuerza de la juventud ni esbozaba una visión totalitaria del Estado, hubo un serio intento de crear un partido único y, mediante un discurso político renovado e inspirado en Mussolini, se inició una lucha “contra un mundo caduco y corrupto representado por el estilo de vida burgués, el liberalismo político y el capitalismo financiero”.⁹ En España, como en Europa, la lucha conservadora se articulaba en torno a una visión decadentista de la sociedad que identificaba fácilmente a sus enemigos, a saber, las instituciones liberales del mundo moderno, y que ofrecía una solución clara, el nacionalismo. Tras algunos años, la dictadura de Primo de Rivera terminó de forma desastrosa. No obstante, dicho periodo fungió como un puente entre los grupos conservadores del siglo XIX herederos del movimiento antiilustrado y nuevas formaciones fascistas que, aunque novedosas y radicales, abrevaban de antiguas tradiciones de pensamiento. Tal es el caso, por ejemplo, del periódico *La Camisa Negra*, fundando en 1922 y claramente identificado con el fascismo italiano. Aunque este tipo de formaciones no prosperaron, fueron un precedente fundamental en la configuración de las organizaciones fascistas que marcarían el siglo XX español.

Fue precisamente en la transición hacia la Segunda República cuando el fascismo en España irrumpió con fuerza; la derecha interpretó el nuevo régimen como el anuncio de toda clase de desastres, la premonición del comunismo y la antesala de la revolución socialista, así que la respuesta fue expedita. En julio de 1930 se creaba el Partido Nacionalista Español (PNE), liderado por José María Albiñana. Un mes antes de la proclamación de la República, en marzo de 1931, se fundaba el semanario *La Conquista del Estado*, a cargo de Ramiro Ledesma Ramos. Dicho grupo, fuertemente nacionalista, apelaba a las juventudes y creía en la fuerza creadora y regeneradora de la violencia como medio para alcanzar sus objetivos.

Al mismo tiempo, en Valladolid, Onésimo Redondo también impulsaba el fascismo a partir de ideas como conservar el sentimiento de unidad hispánica, el respeto sagrado a la integridad familiar y un fuerte sentimiento religioso. El

⁹ José Luis Rodríguez Jiménez, *La extrema derecha española en el siglo XX* (Madrid: Alianza Editorial, 1997), 66.

resultado fue la fundación de las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica (JCAH) en agosto de 1931. La represión republicana hacia dichas organizaciones las hizo unirse poco tiempo después de haber sido creadas.

La unión de las organizaciones de Ledesma y de Redondo, en octubre de 1931, dio nacimiento a las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS), una de las formaciones de ultraderecha más importantes inspiradas en el fascismo italiano, las cuales reivindicaban un fuerte nacionalismo a la vez que acusaban la existencia de un gobierno débil y hacían explícita su lucha contra la izquierda. Las JONS eran pioneras en un nuevo estilo político cuyo objetivo central era la implantación de una dictadura que defendiera los valores tradicionales y volviera a poner en la mesa la posibilidad de instaurar una monarquía.

Pero fue hasta 1933 cuando surgió Falange, la organización fascista más importante de España. Creada bajo la dirección del hijo del dictador Primo de Rivera, José Antonio Primo de Rivera, Julio Ruiz de Alda y Alfonso García Valdecasas, presentaba como pilares fundamentales la lucha contra la democracia parlamentaria, un nacionalismo exacerbado obstinado con la unidad y una incansable batalla contra el socialismo y la izquierda, es decir, los mismos componentes de la ideología antiilustrada que Primo de Rivera había adoptado del pasado y adaptado a los tiempos modernos.

El 13 de febrero de 1934, ante el precario apoyo popular a las JONS y a Falange, la cercanía de intereses y sus afinidades ideológicas, ambas organizaciones se fusionaron dando nacimiento a Falange Española y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas, dirigida por un triunvirato compuesto por José Antonio Primo de Rivera, Ramiro Ledesma y Julio Ruiz de Alda. De acuerdo con Rodríguez Jiménez, los Veintisiete Puntos de Falange Española de las JONS pueden ser considerados el programa oficial del fascismo español.

El *fascismo a la española*, así llamado por la gente que, inspirada en Hitler y Mussolini, soñaba con instaurar un régimen parecido al de ambos líderes, no era otra cosa que un fascismo católico. La *fascistización* de la derecha española implicó adherir el componente católico al clásico programa fascista laico que enarbolaban la Italia fascista y la Alemania nazi. Esto quiere decir que, si en otros contextos el fascismo implicó la renuncia a ciertos elementos religiosos propios del conservadurismo del siglo XVIII, no fue así en España, donde el

enorme peso de la religión católica generó una fagocitación del fascismo por parte primero de Falange y luego del franquismo.

Fue justamente de esta tradición de derechas de donde surgió el sector que terminaría por declararle la guerra a la República. Así nació una ultraderecha que aspiraba a elaborar una doctrina que legitimara el ataque a la República mediante una insurrección militar que lograra establecer una monarquía antiliberal y antiparlamentaria. Basada principalmente en el nacional-catolicismo, rechazaba cualquier signo de modernidad para reivindicar, en su lugar, a la monarquía y a la religión católica, pilares consustanciales, a su entender, de la nación española. El tiempo había pasado, pero los sueños y los enemigos seguían siendo casi los mismos; como en Burke y De Maistre, la monarquía y la religión se divisaban en el horizonte como la salvación frente a la decadencia que suponía la modernidad y sus turbulencias.

Fueron esos grupos aristocráticos que deseaban aún un régimen monárquico los que gestionaron en Italia un apoyo económico con el objetivo de derrocar a la República. En marzo de 1934 Antonio Goicoechea, Antonio Lizarza (representante de los carlistas) y el teniente general Barrera, firmaron en Roma un acuerdo por el cual el *Duce* se comprometía a sostener su movimiento con armas y dinero. Así fue como se fue gestando, desde la derecha española, el golpe de Estado que, tras fracasar, desembocaría en la Guerra Civil.

Antiliberalismo, nacionalismo y decadentismo en el franquismo

El periodo de la Guerra Civil es crucial para entender a la derecha española porque fue durante este conflicto cuando muchas formaciones, pero principalmente Falange, se radicalizarían y adquirirían importancia sustancial en la vida política de España. Fue a partir de la guerra que Falange iría adquiriendo el papel que desempeñaría en el franquismo, es decir, la principal fuerza política de derecha.

Los resultados electorales de 1936 dieron inicio a la Guerra Civil. La decepción nacida de la derrota electoral del Frente Nacional provocó que muchos conservadores renunciaran a las vías legales y a pasaran a la acción directa.

Fue en la calle “donde la Falange revistió su carácter fascista con mayor claridad: se trataba de quebrantar con la violencia y el terror el movimiento obrero y revolucionario”.¹⁰ Aunque en un inicio la sublevación encabezada por los militares fracasó, tras varios años de lucha, y contando con el apoyo de las potencias fascistas, Francisco Franco salía victorioso.

Como máximo representante del conservadurismo español, Franco recuperaba algunos componentes de esa ideología. Su trayectoria personal y política le orillaba a instaurar una dictadura militar. Además, debido en parte al contexto europeo y a que Falange había apoyado el golpe de Estado, convirtió a dicha organización en su brazo derecho en el terreno político. Tampoco podía deslindarse de sus compromisos con la Iglesia, pues además de ser un ferviente católico, ésta lo había respaldado. Por último, era legatario de una visión corporativa del Estado que había nacido con Primo de Rivera y que ahora adquiriría la forma de un nacional-sindicalismo.

En ese sentido, siguiendo a Palacios Bañuelos, puede decirse que los cuatro ejes de la ideología y del poder franquista eran el Ejército, Falange, la Iglesia y el nacional-sindicalismo,¹¹ los cuales se mezclaban y complementaban entre sí. Ese aparato político-ideológico cautivó a numerosas formaciones de derecha, las cuales se aglutinaron en torno al Caudillo, no sin ciertos desencuentros y luchas de poder. Franco encabezaba un gobierno influido ideológicamente por una larga tradición de pensamiento conservador. Había arrastrado, aunque en el camino fueran perdiendo su forma original, añejas ideas que ahora moldeaban la vida social y política española.

La simbología del régimen, por ejemplo, recuperaba y mezclaba una serie de elementos de diversas corrientes de la derecha: del conservadurismo, el tradicionalismo, la corriente monárquica, el falangismo, el fascismo italiano y el catolicismo político. El color oficial era el azul y el emblema recuperaba de los Reyes Católicos el yugo y las cinco flechas. Bullían las camisetas azules propias del falangismo, las boinas rojas carlistas y el clásico saludo fascista con el brazo en alto y la mano estirada.

¹⁰ Pierre Broué y Émile Témime, *La revolución y la guerra de España* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1962), 89-90.

¹¹ Para profundizar véase: Luis Palacios Bañuelos, *Historia del franquismo* (Madrid: Almuzara, 2020).

Si bien la crítica a la Ilustración ya no tenía el ímpetu que poseyó en el siglo XVIII debido en parte a que la fuerza de dicha corriente había sido avasalladora, aún existían ciertos remanentes de ella bajo la forma de un cuestionamiento al orden liberal. Franco despreciaba las instituciones liberales (el parlamento, sobre todo), repudiaba a la clase política egoísta y privilegiada y soñaba con “devolver a España un pasado glorioso que él mitificaba”.¹²

Tal como había sucedido en Francia tras la revolución de 1789, la Iglesia representaba la principal fuerza de oposición a la tendencia liberal. El nacional-catolicismo, una peculiar imbricación de nacionalismo y catolicismo político, tenía como principal adversario a la modernidad. El binomio formado por el Estado y la Iglesia católica presentó a la hispanidad como su máxima aspiración, entendida como “una *comunidad de destinos de pueblos hermanados* por vínculos permanentes de estirpe, idioma, religión, cultura e historia”.¹³

La hispanidad reivindicada por el franquismo hacía una lectura clara y precisa de la historia española cargada de decadentismo. Su referente indiscutible era la época de los Reyes Católicos y los Austrias, a la cual se le consideraba un momento de grandeza. Además, se decía, había sido la etapa en la que España se había lanzado al mundo en cumplimiento de una misión universal, a saber, conquistar y evangelizar América. Según esta interpretación de la historia, la grandeza de España se correspondía con su fervor católico y su ambición imperialista.

Para el nacional-catolicismo el siglo XVIII había significado discordia, desintegración y decadencia, poniendo como ejemplo la guerra de Secesión, la pérdida de Gibraltar y “la llegada de los Borbones, *que defendieron más los intereses de Francia que los de España*”¹⁴. El siglo XIX quedaba fuera por ser considerado liberal y afrancesado, pero se rescataba la dictadura de Primo de Rivera. Por lo demás, la obstinada crítica al liberalismo iba aparejada a una nostalgia por una sociedad tradicional y conservadora que había existido en el Medioevo.

¹² Javier Tusell, *La España de Franco* (Madrid: Historia 16, 1989), 15.

¹³ Luis Palacios Bañuelos, *Historia del franquismo* (Madrid: Almuzara, 2020), 85.

¹⁴ Palacios Bañuelos, *Historia del franquismo*, 249.

Por otro lado, Franco se sumó, por lo menos durante la primera mitad de su mandato, a la llamada *fascistización* de España, para lo cual otorgó a Falange el papel de la organización referente en el nuevo régimen militar. Aunado a ello, al menos en las primeras décadas de su gobierno, se inclinó hacia las fuerzas fascistas internacionales; se sumó al tratado anti-Komintern y abandonó la Sociedad de Naciones. Además, durante la Segunda Guerra Mundial España siempre mantuvo, bajo una aparente neutralidad, una simpatía por los países del Eje.

El fascismo de Italia y Alemania había calado hondo entre las capas más conservadoras y radicales de la derecha española. Los regímenes totalitarios de entreguerras servían de referente e inspiración para numerosos grupos que veían en ellos la prueba de que sí podía llevarse a cabo una transformación. El ejemplo por antonomasia de la afinidad falangista con el fascismo lo constituye la División Azul, un grupo de jóvenes falangistas que pedían, de forma voluntaria, participar junto con Hitler en la lucha contra los bolcheviques en Rusia.

Como se señaló anteriormente, Falange se fundó inspirado en el fascismo de entreguerras, especialmente en el italiano. El falangismo se constituyó como un *fascismo a la española* aderezado con un fuerte componente católico. Su programa original, los Veintisiete Puntos de Falange Española de las JONS, condenaba el orden establecido, denunciaba la existencia de una élite económica llena de lujos en contraste con un pueblo empobrecido y veía al nacional-sindicalismo como el sistema de organización social ideal.

Defendía la unidad de España a partir de un nacionalismo exacerbado, perfilaba ciertas pretensiones imperialistas y pregonaba la lucha contra el comunismo, los masones, el judaísmo y la burguesía. Además, ejercía una feroz crítica contra el liberalismo y la democracia al tiempo que añoraba una sociedad tradicional. La imitación de la lógica fascista se completaba con una tendencia a la violencia como camino legítimo para alcanzar sus objetivos.

El programa falangista durante el franquismo se articulaba a través de un “discurso ultranacionalista y antimarxista, la exaltación de la función política de unas *minorías rectoras*, la estructuración sindical de la economía, un modelo de representación de tipo corporativo y una concepción totalitaria del Estado”.¹⁵

¹⁵ Palacios Bañuelos, *Historia del franquismo*, 62.

A pesar de ello, Falange no pretendía la conquista de las masas, como sí lo hacía el Partido Nacional Fascista, por ejemplo, razón por la cual se puede hablar de una organización tan solo con apariencia fascista.

La unidad de España, tema central del falangismo, adquiriría dos vertientes. Por un lado, había ciertas pretensiones imperialistas sobre Gibraltar, Tánger y el Marruecos francés; a la vez se esperaba que el *eje hispánico* le hiciera frente al panamericanismo anglosajón. Por otra parte, un fuerte nacionalismo se contraponía tanto a los proyectos separatistas de Cataluña y del País Vasco como al proyecto internacional del comunismo proveniente de Rusia.

Pero al ser un régimen personalista, el franquismo no sólo se sumó a la tendencia fascista por la vía falangista, sino desde la figura del propio Franco. Según Palacios Bañuelos, era tanta la influencia de la persona de Franco que su régimen hacía propias las fobias de su líder: el comunismo, el liberalismo y la masonería. La propaganda oficial tendía a hacer de Franco una entelequia, un superhombre enviado por Dios para la salvación del pueblo elegido. Las paredes de España se llenaron de retratos de Franco con frases como *caudillo por la gracia de Dios*.

Un tema en el que se puede observar con nitidez el peso de la tradición conservadora sobre el franquismo tiene que ver con la idea de la existencia de una conspiración mundial judía. Como señala Tusell, desde los inicios del siglo XX la ultraderecha identificó al judaísmo como uno de sus principales enemigos, mezclando ideas tradicionales religiosas, demagogia anticapitalista y un fuerte rechazo a la modernidad. Según la lectura franquista, la Guerra Civil en realidad había sido una cruzada contra el comunismo, la masonería y el judaísmo.

Franco, como lo habían hecho antes Alfonso XIII y Primo de Rivera, “se convirtió en un convencido del peligro comunista pero, además, a diferencia de ellos, unió a este convencimiento el de que existía una conspiración masónica cuyos orígenes se remontaban al siglo XVIII y que era autora de todos los males del país”.¹⁶ A estas ideas conspirativas se le añadía un fuerte sentimiento antijudío semejante al antisemitismo del fascismo italiano y del nazismo alemán, no obstante, el odio hacia el pueblo judío tiene orígenes más antiguos.

¹⁶ Tusell, *La España de Franco*, 15.

Parafraseando a Talia Lavin, el antisemitismo es un fenómeno que hunde sus raíces en la Europa medieval: la primera iteración de una hipotética conspiración judía para dominar el mundo se originó durante la Peste Negra, entre 1348 y 1349, cuando se acusó a los judíos de envenenar de forma sistemática los pozos de agua para acabar con la población gentil, lo que provocó, desde España hasta Estrasburgo, una ola de asesinatos de judíos en una serie de pogromos cada vez más furibundos.

En el siglo XIX, cuando la eugenesia se abrió espacio en el pensamiento dominante, surgió una visión radicalizada del antisemitismo según la cual los judíos eran una especie aparte y cometían actos de maldad por predisposición genética. La convicción de que los judíos eran la causa de todo mal fue retomada por Hitler, y antes por Henry Ford; “la idea de un programa globalizado, dirigido por los judíos, se remonta a *Los protocolos de los sabios de Sion*, con sus afirmaciones de que los judíos estaban intentando establecer un súper-Gobierno y un súper-Estado-judío”¹⁷ con el objetivo de diluir a la raza blanca.

El franquismo, que funcionaba mediante una amalgama de formas y doctrinas falangistas/fascistas a las que se les sumaban principios religiosos y prácticas políticas pragmáticas provenientes de la personalidad del caudillo, hizo suyo el antisemitismo en un país donde los judíos ya habían sido expulsados previamente por los Reyes Católicos. Sumado a ello, ese odio a los judíos estaba impregnado de un exacerbado nacionalismo que veía en los otros el origen de los males del pueblo y de la nación.

Así pues, tanto la visión decadentista basada en la idealización del pasado como la cruenta crítica al liberalismo manifestada en la lucha contra la izquierda, el comunismo, los judíos y los masones estaban empapadas de un nacionalismo iracundo. Como había sucedido en el siglo XVIII, el nacionalismo ondeaba en lontananza como una vía de redención frente a un mundo en declive. El repliegue a lo nacional, se pensaba, protegería a la sociedad de las perversiones de las instituciones liberales, recuperaría los valores tradicionales y acabaría con las amenazas de las que eran responsables grupos étnicos o religiosos minoritarios.

¹⁷ Talia Lavin, *La cultura del odio* (Madrid: Capitán Swing, 2022), 74.

Tal y como lo habían hecho Hitler y Mussolini, Franco habló en nombre de la nación y de los intereses de la misma. Sus sencillas fórmulas, como *ni un hogar sin lumbré, ni un español sin pan*, suponían una fina y compleja operación de transitividad entre los intereses nacionales y los de cada ciudadano. Su crítica al orden liberal y a la modernidad, materializada en un desprecio por la democracia y sus instituciones, era presentada como una lucha para liberar al pueblo de las desviaciones de la política parlamentaria. Por otro lado, la confrontación con tintes fascistas del comunismo, los masones y los judíos era entendida como una noble tarea que tenía como misión final la salvación de la nación española.

Vanguardia: viejas luchas, nuevos enemigos

Tras la muerte de Franco España transitó hacia la democracia con relativa facilidad. En ese contexto, buena parte de los círculos más cercanos a Franco se reagruparon en torno al partido Alianza Popular, refundado en 1989 bajo el nombre de Partido Popular (PP). La importancia de dicho partido, como señala Souroujon, radica en que durante más de treinta años logró aglutinar en su seno a casi toda la derecha española.

La virtud del PP fue haber mantenido cierta unidad entre las diferentes facciones de la derecha española. No obstante, la presencia de varios grupúsculos de ultraderecha al margen de la política oficial provocó que, mientras en los noventa Europa se plagaba de nuevos partidos de derecha, España constituyera una excepción. La excepción española, que consistía en que desde la transición de la dictadura franquista a la democracia la ultraderecha no había llegado a tener ni representatividad política ni suficiente apoyo popular, además de que no había ningún partido político nuevo a la derecha del PP, terminó con la irrupción de Vox en 2013.¹⁸

¹⁸ Antonio Álvarez Benavides y Francisco Jiménez Aguilar, “Estrategias de comunicación de la nueva extrema derecha española. De Hogar Social a Vox, del alter-activismo a la doctrina del shock,” *Estudios de la Paz y el Conflicto, Revista Latinoamericana*, no. 2 (2020), 56.

No obstante, la llamada excepción española tuvo sus matices. Primero habría que decir que la ausencia de un partido de ultraderecha al estilo de la Liga Norte de Italia o del Frente Nacional francés no implicaba que en España no existiera gente que respaldara dicha postura política, sino que ésta se encontraba dispersa en el amplio Partido Popular. Por otro lado, la inexistencia de un partido a la derecha del PP era contrarrestada por un escenario político colmado de una gran cantidad de grupúsculos de distintas tonalidades de la ultraderecha (falangistas, católicos, neonazis) que se dispersaban en el ámbito deportivo, callejero y municipal.¹⁹

Este contexto particular permite entender la presencia de un gran número de organizaciones y movimientos de ultraderecha *por fuera* del sistema de partidos políticos. En los últimos treinta años, al margen del PP han surgido numerosas formaciones de ultraderecha que han tenido un impacto más circunscrito al ámbito local o regional y que han surgido como opciones de solución a los problemas de las realidades más concretas. Su carácter es más cercano al de los movimientos sociales que al de los partidos políticos, sin embargo, comparten con la ultraderecha varios de los temas más básicos, como el ultranacionalismo nativista, el conservadurismo, la lucha antiinmigrante, la denuncia de unas élites corruptas y la lucha contra lo que llaman la ideología progresista.

Vanguardia, una de las organizaciones de derecha radical más importantes de Madrid, reivindica un programa ideológico y unas luchas sociales con una matriz conservadora y franquista clara, aunque también presenta diferencias sustanciales y particularidades importantes. Para observar e identificar qué elementos de la tradición conservadora del siglo XVIII y del franquismo se mantienen, cuáles se han transformado y cuáles han desaparecido, es indispensable esbozar el programa político e ideológico que defiende.

Este nuevo partido comparte con la ultraderecha española una serie de luchas, demandas y posturas. Entre ellas se encuentra su conservadurismo moral, su nacionalismo exacerbado, su repudio por la ideología progresista y la defensa de la familia tradicional. También denuncia con indignación el

¹⁹ Gastón Souroujon, “Al pan, pan y al vino, vino. Vox, el resentimiento y la política de Perogrullo,” *Documentos de trabajo*, no. 87 (2023), 3.

multiculturalismo y la inmigración, sobre todo la que proviene del Magreb, como un proceso de invasión y sustitución. Al igual que la ultraderecha en todo el mundo, señala la existencia de unas élites, nacionales e internacionales, responsables de las desdichas de la gente común. Además, critica al gobierno por haber abandonado al pueblo y por ser cómplice de las élites financieras. Están en contra de la globalización y reniegan de la Unión Europea; en su lugar apuestan por la recuperación de la soberanía nacional.

Como herederos de la estrategia de la *Nouvelle Droite* francesa²⁰, han llevado su proyecto al terreno de la batalla cultural. Se presentan como *gente que dice lo que piensa*, eufemismo de incorrección política, y como luchadores sociales antisistema que defienden los intereses del ciudadano de a pie. A través del uso constante de las redes sociales divulgan sus actividades y llevan a cabo campañas provocadoras, incendiarias o, como dice Forti, *cortoplacistas*.²¹ A Vanguardia lo distingue la importancia que le da al municipalismo y a las luchas locales. Las labores municipales que realizan sus líderes no sólo constituyen una estrategia para ganar apoyo popular, sino que forman parte de una visión específica de la política y de la nación que prioriza a los ciudadanos españoles frente a otras personas.

Su matriz social-patriota, que puede clasificarse dentro del *chovinismo de bienestar*,²² representa también una clara tendencia nacionalista que tiende a apropiarse de las luchas de los sectores más desprotegidos. En términos abstractos llevan a cabo una redefinición del *demos* que deja fuera a todos los que no sean españoles de cepa; apuestan por un Estado de bienestar exclusivo para los nacionales. Si bien Vanguardia se declara laico, defiende la religión católica. En el tema del separatismo existe una postura compartida de que debe primar la unidad. Y, aunque no reivindica abiertamente al fascismo, le hacen

²⁰ Se conoce como *Nouvelle Droite* a un movimiento político surgido en Francia a finales de los años sesenta bajo el liderazgo de Alain de Benoist, un referente intelectual de los líderes de Vanguardia. Su objetivo principal era rearmar intelectualmente a la derecha y renovarla, alejándose de su pasado fascista y llevando su lucha al terreno de la batalla cultural.

²¹ Steven Forti, “Afinidades y diferencias. Una cartografía de fuerzas y discursos de ultraderecha en Europa,” en *Extremas derechas y democracia: perspectivas iberoamericanas*, eds. José Antonio Sanahuja y Pablo Stefanoni (Madrid: Fundación Carolina, 2023), 40.

²² Carles Ferreira, “Vox como representante de la derecha radical en España: un estudio sobre su ideología,” *Revista Española de Ciencia Política*, no. 51 (2019), 80.

guiños constantes al franquismo, a los regímenes totalitarios de entreguerras y al conservadurismo más arcaico.²³

Al observar el programa político-ideológico de Vanguardia se puede ver con claridad la pérdida absoluta de protagonismo del componente bélico. Esto responde, en parte, a que al formar parte de la nueva tendencia de ultraderecha que surgió con la *Nouvelle Droite*, Vanguardia ha renunciado a la guerra directa para centrar su lucha al terreno de las ideas, lo que ellos denominan una batalla cultural. Por otro lado, aunque el Ejército formó parte importante de los movimientos contestatarios del siglo XVIII, de la dictadura de Primo de Rivera y, más aún, del franquismo, la transición a la vida democrática aisló a las fuerzas armadas de la vida política española y las apartó de la esfera pública.

Otro elemento que ha desaparecido del programa de la nueva derecha radical es el que tiene que ver con la monarquía. El sueño de retornar a un régimen monárquico se fue diluyendo lentamente durante el siglo XX. Si las primeras reacciones antiilustradas giraban en torno a la defensa de la monarquía absoluta, la larga lucha entre conservadores y liberales del siglo XIX desgastó esos anhelos al grado de que si bien durante el régimen de Primo de Rivera había ciertos sectores que defendían la restauración de la monarquía, éstos desaparecieron durante la Segunda República.

No obstante, la defensa de la monarquía dieciochesca mantiene minúsculos vestigios en la crítica contemporánea que hace la derecha radical de la democracia liberal. Aunque la conexión no sea tan clara en la narrativa, la crítica iracunda a las instituciones propias de la democracia liberal y el desprecio por los procesos institucionales modernos se arraigan, en última instancia, en el conservadurismo del siglo XVIII.

Podría decirse que, para evitar su desprestigio, la derecha radical contemporánea, heredera del conservadurismo reaccionario antiilustrado, ha adoptado únicamente la crítica al orden liberal sin atreverse a pedir el regreso de la monarquía. En ese sentido, a diferencia de sus ancestros conservadores, cuya cercanía temporal con la Edad Media les dotaba de cierto derecho a exigir un

²³ En algunas entrevistas, los líderes y fundadores de Vanguardia mencionaron que el mundo con Primo de Rivera o con Franco era mejor, que la calidad de vida de los españoles era superior, y que los regímenes de Mussolini y Hitler acabaron con el desempleo.

régimen apenas en vías de extinción, la nueva derecha radical carece de los fundamentos teóricos, ideológicos e históricos necesarios para pregonar la vuelta a un modelo que cada vez ha ido quedando más en el pasado.

Un último elemento propio de la derecha del siglo xx que se ha esfumado en Vanguardia es el de las pretensiones imperialistas. Si bien es cierto que, en comparación con el nazismo de Hitler o el fascismo de Mussolini, el franquismo tenía tímidas aspiraciones imperialistas, también lo es que se había obstinado, al menos retóricamente, con Marruecos, y que preservaba el sueño de tornar a épocas pasadas que se supone eran mejores; la Reconquista, la época de los Reyes Católicos, la conquista de América o, en su defecto, la dictadura de Primo de Rivera.

Sin embargo, con el fin del franquismo, esas alucinaciones hipnagógicas, animadas por el recuerdo de la España imperial y por una nostalgia hacia la Edad Media, se desvanecieron. Hoy la nueva derecha radical española ya no aspira a formar un gran imperio. De hecho, es reacia a tendencias que impliquen procesos de interconexión, como la globalización, o a instituciones que formen grandes bloqueos geopolíticos, como la Unión Europea. Vanguardia se ha replegado hacia lo nacional e incluso a lo municipal. Las ambiciosas aspiraciones del fascismo le son ajenas, su lucha se acota a la defensa de sus pequeños nichos.

Quizá sea en lo referente al ámbito religioso donde los cambios producidos en la ultraderecha contemporánea española sean más visibles. Como un componente sustancial de la cultura española, la religión católica se ha posicionado, desde siempre, como un pilar de la identidad del pueblo español. No hay que olvidar que, según la interpretación oficial, dicho país se constituye como tal con la unificación dinástica de los Reyes Católicos. En ese sentido, el factor religioso es fundador no sólo de ideologías como la franquista, sino de la propia España.

Como se vio anteriormente, la Iglesia se posicionó, sobre todo en la segunda mitad del régimen de Franco, como la institución más importante, incluso por encima de Falange. Franco recibió una de las máximas condecoraciones eclesiásticas (el Papa Pío XII le otorgó las insignias de la Orden de Cristo) y, en correspondencia, posicionó a la religión católica como piedra angular de su

gobierno tanto en el discurso como en los hechos: aseguraba que en España “o se es católico o no se es nada”²⁴ y conmemoraba actos políticos con ceremonias político-religiosas.

Sin embargo, el lugar que ocupó la Iglesia católica durante el régimen de Primo de Rivera o durante la dictadura de Franco no se compara con la posición residual que ostenta ahora entre la derecha radical. Aunque Vanguardia y sus líderes se declaran defensores del catolicismo como un componente central de la identidad y la cultura españolas, esa postura está bastante alejada del fervor religioso que reinaba en el franquismo, donde la Iglesia y el Estado constituían un binomio de poder. Puede decirse que, si la religión sigue siendo un componente central de la derecha radical en tanto elemento constitutivo de la identidad nacional española, no pasa lo mismo con la Iglesia, a la que se le reprocha, como a los gobiernos, su espurio progresismo.

Pero ¿cuáles son, entonces, los elementos ideológicos del pasado que se han mantenido en Vanguardia a pesar del paso del tiempo? Uno de ellos es la lucha contra el liberalismo, otro la tendencia a refugiarse en un nacionalismo exacerbado y, por último, una visión decadentista de la sociedad occidental, los cuales, vistos en conjunto, forman parte de una narrativa común. Pero tal como los monolitos marinos son esculpidos por el incansable oleaje, estos componentes se han ido transformando lentamente sin perder su núcleo, adquiriendo formas más estilizadas y finas de acuerdo al contexto histórico.

Hoy en día ningún miembro de Vanguardia se atreve a ejercer un juicio contra la Ilustración o la Revolución Francesa. Y aunque existe cierta nostalgia hacia la Edad Media por considerarla una especie de paraíso perdido en cuanto a valores y costumbres, tampoco se llega al extremo de pretender instaurar una monarquía absolutista, un sistema feudal o un régimen caudillista fuerte. Sin embargo, sí se hace una dura crítica a las instituciones del mundo liberal contemporáneo: a la democracia liberal, al parlamento, a los partidos políticos o al sistema político.

En ese sentido, la nueva derecha radical es más cercana al fascismo que a los movimientos conservadores del Siglo de las Luces, pues la crítica del orden liberal es más bien superficial. No ataca ni se interesa por los cimientos

²⁴ Palacios Bañuelos, *Historia del franquismo*, 169.

del proyecto civilizatorio occidental, más bien desprecia (sin proponer más alternativas que la destrucción del *statu quo*) el orden establecido y sueña con un pasado idealizado que de hecho no llegó a conocer en carne propia. Para Vanguardia, *lo progre* no es otra cosa que un ataque a los sustratos del ahora onírico mundo medieval.

Pero, paradójicamente, estos nuevos partidos han tenido que poner en marcha su lucha al interior del mundo liberal. En la actualidad casi no se aboga por la supresión de libertades y las instituciones democráticas, lo que sí hacía el fascismo, quien pretendía sacrificar los derechos individuales en beneficio de la colectividad. Si el fascismo histórico se presentó como una alternativa civilizatoria que se proyectaba a futuro y que esbozaba la utopía de un hombre nuevo, la nueva derecha radical carece de esa densidad; es más bien insulsa y superflua.

Sin embargo, aunque en términos teóricos, programáticos y políticos la nueva derecha radical no se parece al proyecto fascista de entreguerras, ha rescatado ciertas prácticas e ideas que aún conserva, aunque lo niegue como parte de su estrategia de desmarque respecto de ese lóbrego pasado. La más importante, y que constituye el segundo punto a analizar, es la inclinación por el ultranacionalismo y la violencia que le es inherente, pues la defensa y exaltación de la comunidad nacional implica, casi de forma automática, la hostilidad hacia ciertos grupos, sobre todo hacia los extranjeros.

Vanguardia, por ejemplo, repudia a los inmigrantes, especialmente a los latinos y a los árabes. Aun cuando sigue habiendo remanentes de antisemitismo y antijudaísmo, la figura del judío como responsable de todos los males ha sido suplida por la del musulmán. Si bien los objetivos hacia los que va dirigido han cambiado, lo que se ha mantenido constante hasta hoy es el odio que proviene de un nacionalismo violento y sobreestimulado que ve en los otros (extranjeros) el origen de todas las desgracias de una nación y cuya expulsión o aniquilación está más que justificada.

Así pues, el racismo culturalista o nativista ha tomado el lugar del viejo racismo biológico que llevó a los nazis a exterminar a los judíos, a los gitanos y a los homosexuales. En la actualidad, los discursos xenófobos cargados de islamofobia y la constante estigmatización del mundo árabe-musulmán han

reemplazado a la propaganda antijudía nazi. Empero, entre algunos líderes de Vanguardia se siguen escuchando, como en tiempos de Franco, elucubraciones respecto de una conspiración mundial judía o de la supuesta responsabilidad de ese pueblo en el asesinato de Jesús.

Todos esos elementos, sumados a las otras luchas y demandas de Vanguardia, confluyen en una idea general que se ha mantenido casi intacta desde las primeras reacciones antiilustradas del siglo XVIII hasta nuestros días, a saber, una profunda sensación de declive del mundo y de la sociedad occidentales. La idea de decadencia, expresada en un inicio por Burke y De Maistre, fue retomada por Hitler, Mussolini y Primo de Rivera. Más tarde, fue revitalizada por Evola, acogida por Franco, re-adoptada por la *Nouvelle Droite* y repetida por el PP, Vox y ahora por Vanguardia, convirtiéndose en el eje articulador de la cosmovisión de la ultraderecha europea.

Pero, evidentemente, las causas de la visión decadentista han mutado. Vanguardia no ve en el movimiento ilustrado un peligro para la sociedad, pero sí en la *ideología progresista*, en el *marxismo cultural*, en lo *woke*, en la *ideología de género* y en el multiculturalismo, un conjunto de perversiones que ponen en riesgo los valores sociales tradicionales. En una palabra, la crítica al orden liberal se ha acotado a la lucha contra la agenda progresista, es decir, contra sus manifestaciones más visibles.

El mundo que la derecha radical defiende se ve amenazado, más allá del progresismo, por otros fenómenos, problemáticas y agentes actuales. La globalización y la Unión Europea han sustituido al imperialismo de Napoleón y producen incertidumbres culturales nuevas. La inmigración masiva, sobre todo de árabes, produce reacciones que recuerdan al odio nazi por los judíos. La denuncia de las élites financieras y de los gobiernos corruptos que han abandonado al pueblo se asemeja a la lucha del franquismo por el ciudadano de a pie. El combate contra el modelo neoliberal que ha desmantelado el Estado de bienestar es una reminiscencia de la batalla contra el capitalismo que llevaron a cabo los regímenes totalitarios de entreguerras. Es así como Vanguardia, al igual que lo que algunos autores denominan la *internacional reaccionaria*, elabora una compleja y abigarrada narrativa nacionalista que desemboca en una noción decadentista donde viejos enemigos se sustituyen

por nuevos chivos expiatorios y donde los viejos referentes son traídos del pasado constantemente.

Volviendo a la imagen inicial de las llamas, en Vanguardia se encuentran los rescoldos de un fuego que se consumió hasta su (casi) extinción. Estas párvulas brazas, cubiertas delicadamente por una ceniza fina y aterciopelada, guardan en sus resquicios un tenue calor que puede ser reavivado con el sople adecuado. Tal como ocurre con una hoguera, basta con que se remuevan los restos de lo consumido y se agreguen algunas ramas para que las llamas surjan nuevamente. En la nueva derecha radical, heredera del fuego conservador, ultranacionalista y fascista, revolotean incesantes las pavesas que pueden iniciar otra vez un catastrófico incendio.

Conclusiones

Mientras terminaba de escribir este texto me enteré, a través de una publicación en Facebook de un miembro de la ultraderecha española, de la muerte de Jean-Marie Le Pen, fundador y durante muchos años presidente del Frente Nacional (ahora Agrupación Nacional), el partido de ultraderecha más importante en Francia. Junto a un collage de tres fotos de Le Pen, en una de las cuales aparece, de joven, con el parche que usaba para cubrir la ptosis del ojo izquierdo, aparecían algunas palabras de condolencia donde se leía: “queda su legado político hoy totalmente vigente”.²⁵

Fue extremadamente significativo leer esas palabras al tiempo que yo reflexionaba y escribía sobre lo que aún queda en la derecha radical contemporánea de viejos referentes. Esa publicación representaba una condensación de lo que quería decir, a saber, que aunque no siempre existen conexiones directas o explícitas entre el pasado conservador o fascista y los nuevos partidos y grupos de ultraderecha, sí pueden encontrarse vestigios y remanentes de viejas ideologías que han articulado, desde hace ya varias décadas, la visión de estos grupos; así pues, es necesario seguir estudiando las relaciones que

²⁵ Por motivos de privacidad esta cita no puede referenciarse.

guardan los nuevos partidos de ultraderecha con sus viejos referentes políticos, ideológicos y culturales.

En ese sentido, este trabajo reflexiona en torno a los elementos del pensamiento conservador del siglo XVIII, del fascismo histórico y sobre todo del franquismo que permanecen en el nuevo partido de derecha radical español Vanguardia. Esto no quiere decir, desde luego, que Vanguardia sea una mera reencarnación del pasado, sino que es imposible entenderlo sin tomar en cuenta la larga tradición de derechas que encuentra sus antecedentes en el movimiento antiilustrado y que se ha ido transformando y adaptando a nuevas realidades históricas.

Tras un sucinto repaso por los máximos exponentes del movimiento antiilustrado, se observó cómo el fascismo de entreguerras retomó de esa corriente la crítica al orden liberal, aunque de una forma más bien superficial. Esta tendencia suponía, implícitamente, la visión de un mundo en decadencia que en ese momento se encontraba amenazado por el capitalismo y sus élites, por la democracia liberal y por una supuesta conspiración mundial judía, elementos interpretados a la luz del nacionalismo más extremo.

Después, en lo referente a España, y dando grandes saltos históricos, analicé de qué manera, durante la dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República, el fascismo influyó en la derecha de España, dando paso a formaciones que se inspiraban en los movimientos de Hitler y Mussolini. Esta parte sirvió de enlace para entender cómo el franquismo abrevó de una añeja raigambre de derechas y de qué manera mantuvo y adaptó la visión decadentista, la crítica del mundo liberal y la tendencia ultranacionalista a la particular realidad española.

Hacia el final, este artículo explora los componentes del programa ideológico-político de Vanguardia que guardan estrechos vínculos con el pasado. Se plantea que en las nuevas luchas de la derecha radical española se han sustituido, sin alterar en demasía el núcleo ideológico que las motiva, viejos enemigos por nuevos antagonistas. Así, la crítica al orden liberal se ha sostenido, aunque los reproches ya no se dirigen a la Ilustración sino a la democracia y a los partidos políticos. El odio azuzado por el nacionalismo ha cambiado de objetivo, pero sigue vigente; pasó de detestar y perseguir a los judíos y a los masones a repudiar y a hostigar a los árabes y a los africanos.

La vieja idea de una sociedad en decadencia, nacida en el siglo XVIII y renovada por los fascismos de entreguerras, se nutre hoy de una narrativa que imbrica de forma ingeniosa al mundo liberal con la globalización, lo *progre*, el neoliberalismo, la Unión Europea, el multiculturalismo, las élites financieras, la inmigración masiva y los gobiernos corruptos, todos ellos entes responsables de las desgracias del pueblo. En Vanguardia, como en la derecha radical a nivel global, viejas ideas se han renovado, inculcando a nuevos actores de antiguas disputas.

Referencias

- Álvarez Benavides, Antonio, y Francisco Jiménez Aguilar. “Estrategias de comunicación de la nueva extrema derecha española. De Hogar Social a Vox, del alter-activismo a la doctrina del shock.” *Estudios de la Paz y el Conflicto, Revista Latinoamericana*, no. 2 (2020), 55-78.
- Broué, Pierre, y Émile Témime. *La revolución y la guerra de España*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1962.
- Burke, Edmund. *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*. Madrid: Alianza Editorial, 2023.
- Camus, Jean-Yves, y Nicolas Lebourg. *Las extremas derechas en Europa*. Madrid: Clave Intelectual, 2020.
- Casals, Xavier. “La ultraderecha española: una presencia ausente (1975-1999).” *Historia y Política: Ideas, Procesos y Movimientos Sociales*, no. 3 (2000), 147-174.
- Ferreira, Carles. “Vox como representante de la derecha radical en España: un estudio sobre su ideología.” *Revista Española de Ciencia Política*, no. 51 (2019), 73-98.
- Forti, Steven. “Afinidades y diferencias. Una cartografía de fuerzas y discursos de ultraderecha en Europa.” En *Extremas derechas y democracia: perspectivas iberoamericanas*, editado por José Antonio Sanahuja y Pablo Stefanoni, 37-60. Madrid: Fundación Carolina, 2023.
- Gentile, Emilio. *Quién es fascista*. Madrid: Alianza Editorial, 2019.
- Griffin, Roger. *Fascismo*. Madrid: Alianza Editorial, 2019.
- Lavin, Talia. *La cultura del odio*. Madrid: Capitán Swing, 2022.
- Mudde, Cas. *Populist Radical Right Parties in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press, 2007.
- Palacios Bañuelos, Luis. *Historia del franquismo*. Madrid: Almuzara, 2020.
- Rocamora Pérez, Pablo, y Eva Espinar Ruiz. “Nuevos discursos en el neofascismo: un análisis cualitativo de la organización española Hogar Social.” *Política y Sociedad*, no. 58 (2021), 1-12.
- Rodríguez Jiménez, José Luis. *La extrema derecha española en el siglo xx*. Madrid: Alianza Editorial, 1997.

- Sanahuja, José Antonio, y Pablo Stefanoni, eds. *Extremas derechas y democracia: perspectivas iberoamericanas*. Madrid: Fundación Carolina, 2023.
- Simón Gómez, Miguel Ángel. “El decadentismo en la derecha radical contemporánea.” *Política y Sociedad*, no. 1 (2007), 175-198.
- Alonso, Sonia, y Cristóbal Rovira Kaltwasser. “Spain: No Country for the Populist Radical Right?” *South European Society and Politics* 20, no. 1 (2015), 21-45.
- Soucy, Robert. *French Fascism: The Second Wave, 1933-1939*. New Haven: Yale University Press, 1995.
- Souroujon, Gastón. “Al pan, pan y al vino, vino. Vox, el resentimiento y la política de Perogrullo.” *Documentos de trabajo*, no. 87 (2023), 1-21.
- Traverso, Enzo. *Las nuevas caras de la derecha*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2018.
- Tusell, Javier. *La España de Franco*. Madrid: Historia 16, 1989.